843
S.
PQ2421
.S2
R68
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

La roca de las gaviotas

(A MI SOBRINO PABLO)

Pouliguen es una aldea de Bretaña, situada á orillas del Océano, entre el pueblo de Batz y la embocadura del Loira, con su puertecillo de pesca y de comercio, resguardado á un lado por colinas de arena y limitado al otro por un muelle, donde hay casas que llegan hasta la misma playa. Los alrededores son desnudos y áridos, y ni siquiera ofrecen á los entristecidos ojos del espectador las landas, las malezas, los campos de aulagas y de retamas, que son la poesía familiar de los paisajes de la Armórica. Se llega á la aldea cruzando los pantanos de agua salobre que la rodean por todas partes. Esos pantanos no carecen, sin embargo, de carácter, sobre todo cuando el sol los baña y les hace brillar como si fueran de escarcha ó de cristal.

La aldea es muy limpia y alegre. Sus habitantes todos, pescadores ó salineros, viven del mar. Las casas, bien construídas, respiran, en el interior, la honradez, el bienestar y el trabajo. La playa, firme y segura, se ve alegrada á todas horas por las evoluciones aéreas de las gaviotas y de otras aves marinas, que parecen amar mucho aquellos parajes. A algunos pasos de allí, un pequeño bosque de árboles del Norte mezcla un agradable olor á resina con el aliento, tan saludable, del Océano. Aunque los alrededores son áridos, pueden hacerse por ellos bonitas excursiones. Toda la parte de la costa que se extiende hasta Croisic, tocando al pueblo de Batz, sin ser tan grandiosa como los derrumbaderos y costas bravas de Normandía, no deja de presentar aspectos muy variados y terrenos muy pintorescos. Hállase erizada de rocas; pero las mil fragosidades y las escaleras naturales que las mareas han cavado en los flancos de la roca, permiten á cada instante comunicar con el mar y penetrar en cierto modo en su intimidad.

Así es como á mí me gusta el mar; menos como un espectáculo que como un amigo. Me gusta conversar con él, seguirlo paso á paso por los arrecifes que va descubriendo á medida que va retirándose, ó bien, tendido en la arena de las solitarias bahías, verlo ir invadiendo sucesivamente sus dominios y depositando á mis pies sus olas acariciadoras. Ni siquiera deja de gustarme verme envuelto por sus iras. He vivido en aquellas costas algunas semanas, y me es muy grato el recuerdo que de ellas conservo. Ya hace mucho tiempo de eso. Mi hijo era entonces un niño: aún me parece verlo corriendo por la orilla del mar y jugando con las olas, como si ya comenzara el aprendizaje del rudo

y hermoso oficio que después debía tomar. Me agradaría volver á Pouliguen. Allí se vive con sencillez y economía. Lo que más me gusta es que la gente elegante lo desdeña, huye de él ó no lo conoce. Aquel puertecillo, ordinariamente tan tranquilo, acababa de escapar, cuando yo llegué, de un espantoso desastre, y se encontraba todavía bajo la influencia de las violentas emociones que había sufrido. Oye, querido Pablo, lo que ocurrió, porque á tí va dirigido este relato. Estabas resuelto á no aprender á leer hasta que tu anciano tío escribiese algo para tí. Confiesa que tu pereza contaba con la mía y creía asegurarse de esa manera largas holganzas. ¡Pues, hijo mío, estás cogido! Quisiera que esta historia te interesara lo suficiente para despertar en ti desde luego la afición á la lectura. Aun cuando sirviera para ponerte en condiciones de leer correctamente las que tan bien relatan mis amigos Stahl, Julio Verne y Macé, no tendrías por qué lamentar el trabajo que te tomes, y yo no habría perdido mi tiempo.

JULIO SANDEAU.

I

En 1854, hacia mediados de Abril, en una tarde clara, el coche que hace el servicio de viajeros entre Guérande y Pouliguen, se detenía á la entrada del puerto. Una señora joven se apeó de él, después un niño, al cual recibió en sus brazos, y luego la doncella que los acompañaba.

Pálido, enfermizo, el niño parecía no tener más que cinco años, aunque en realidad había cumplido ya los seis. La joven estaba de luto; el aire de tristeza que se veía en su dulce semblante, decíalo más las claras que el color de su traje. El equipaje que el mayoral descargaba en el muelle, indicaba que no iba á Pouliguen á pasar unas cuantas horas solamente. Y en efecto, apenas llegó, ocupóse en seguida en buscar un alojamiento que le conviniera para pasar algunos meses. No se mostraba exigente: dos habitaciones le eran suficientes, con tal que la que ella ocupase con su hijo fuera grande, aireada, bañada por el sol y con vistas al mar. Fácilmente encontró lo que deseaba, y se instaló sin tardanza en casa de una familia de pescadores.

El cuarto que ocupó encima del entresuelo, aunque reunía todas las condiciones apetecidas, era una morada harto modesta. Pronto la joven la alhajó á su gusto. Las mujeres, en general, tienen el instinto del arreglo, y saben, como los pájaros, hacerse un bonito nido con una pequeña cantidad de crin, de musgo y de pluma.

Había rodeado con colgaduras blancas y limpias la cama donde dormía su hijo cerca de ella; colocado cortinas de percal en cada una de las ventanas; puesto en el suelo una estera de junco; cubierto con un mantón suyo, á guisa de tapete, la grosera mesa, sobre la cual arreglaba sus libros, sus cofrecillos, sus cajas de costura y todos los enseres de su tocador. Ya las conchitas y las algas marinas, los guijarrillos redondos y veteados de negro ó de rosa recogidos en la playa, las primeras flores de primavera que había cogido en la costa ó en las hendeduras de las rocas, adornaban las rústicas tabletas de su *étagére* improvisada. Su vida, sus costumbres, estaban arregladas ya. Pasaba la mayor parte del día al aire libre con su pequeño Marcos, á quien llevaba siempre consigo, y al cual fué acostumbrando al aire solano, á las fuertes brisas, á los salpicones de las olas, á los cálidos aguaceros del cielo.

Era preciso que hiciese muy mal tiempo para que se quedase en casa. Casi siempre, á la hora de la baja mar, iba á sentarse en una de las ensenadas de la playa; y mientras su querido hijo, tan delicado, tan endeble, tan débil, se aventuraba por los arrecifes, ella bordaba ó hacía otra labor, sin perderlo de vista un solo momento, y excitándolo con la voz. Cuando el pequeño no podía ya más y parecía pedir auxilio, ella se ponía en pie, lo envolvía por completo en un mantón ó en una manta, lo tendía encima de la arena caldeada por el sol, ó haciéndole una almohada con su pecho, lo mecía, y lo dormía sobre su corazón.

Más de una vez se la vió entrar en el pueblo con aquella dulcísima carga en brazos. Cuando llegaba la noche, acomodaba por sí misma al niño en la cama y permanecía á su lado hasta que se cerraban sus párpados. Desde aquel momento la madre se pertenecía. Sentada delante de su mesa se ponía á escribir, y durante horas enteras la pluma corría, sin cansarse, por el papel. Así esparcía, en muda confidencia, sus temores, sus esperanzas y las ternuras de que estaba llena su alma.

Tal era el género de vida que hacía en Pouliguen la señora de Henry. Los habitantes del puerto no sabían de ella más que lo que veían: tampoco deseaban saber más: las gentes que trabajan no son curiosas. Además (me apresuraré á decirlo), no había misterio alguno en la vida de aquella joven: una vida tan pura como la suya no tenía nada que ocultar.

II

Las personas que han conocido íntimamente á los señores de Henry durante los primeros años de su unión, pueden vanagloriarse de haber visto de cerca un matrimonio feliz.

Aquellos dos jóvenes, bien nacidos los dos, no se habían llevado en dote más que su juventud y su amor respectivamente; juventud honrada, amor sincero y apoyado en la recíproca estimación.

Después de haber pasado alegremente los malos tiempos, esos tiempos que á veces se echan de menos cuando se sabe lo que valen los buenos, habían introducido poco á poco la holgura en su hogar, ya embellecido por sus mutuas ternuras. A las amables cualidades que les habían ayudado á vivir sin los dones de la fortuna, uno y otro unían las cualidades serias que sirven para merecerlos. El marido, empleado al principio en una de las más importantes casas de comercio de París, pudo, al cabo de algún tiempo, establecerse por su cuenta. Era laborioso, activo, inteligente. Por su parte, la esposa llevaba valerosamente y de buen grado la mitad del peso de la vida común. Sólo de ese modo pueden existir matrimonios felices: el matrimonio es una asociación, y es entender de manera equivocada la dicha y la dignidad de una mujer el reducirla á no ser más que un objeto de lujo en su casa. Aun cuando echaron raíces en plena realidad, el señor y la señorita de Henry permanecían, sin embargo, fieles á las deliciosas pasiones que fueron las fiestas de su tiempo de pobres. La riqueza no era, á su juicio, el supremo objetivo del destino. El cuidado de los intereses positivos no había rebajado sus almas. Se amaban como al principio, y el espíritu de los negocios, que no tiene nada de común con los negocios del espíritu, no logró hacerlos prescindir de los placeres de la inteligencia. Todo les sonreía, tenían hijos encantadores, tres niños, hermosos los tres como el sol, á los cuales amaban. ¡Ay! aquellas rubias cabecitas eran las que debían atraer la desgracia.

A la edad de seis años, el mayor, que había crecido hasta entonces como un retoño vigoroso, palideció, se debilitó, languideció durante algunos meses, y murió. No he de hablar del dolor del padre y de la madre: ¿á qué? ¿Y qué podría yo decir? Si es absolutamente preciso que la felicidad se pague aquí abajo, ciertamente satisficieron su deuda, y podía creerse que la suerte envidiosa no tenía ya nada que reclamarlos. Sin embargo, dos años después el hijo segundo se extinguió como su hermano mayor. Al llegar á la edad de seis años se le vió languidecer, y también entonces la ciencia y el cariño fueron impotentes: murió sonriendo, con los brazos echados al cuello de su padre. De aquellos tres seres adorados no quedaba más que el pequeño Marcos.

Traten ahora de figurarse el terror creciente de aquellos infortunados, á medida que su última esperanza iba acercándose al término fatal en que los otros dos fueron segados por la muerte. ¡Júzguese de su espanto cuando advirtieron los primeros síntomas de la anemia! Marcos se marchitaba como una flor á la cual falta agua: la enfermedad hacía rápidos progresos.

Habían agotado la lista de los médicos de fama y ya no sabían á quién recurrir. En la misma calle que ellos, vivía un médico bastante obscuro, el cual, no por no ser uno de los príncipes de la ciencia, había dejado de adquirir en su barrio sólida reputación de talento y honradez.

En su desesperación, pensaron en él. El doctor acudió á su llamamiento: era un señor simpático, un poco triste, y cuyo semblante, aunque respiraba cariño, hubiese pasado inadvertido á no ser por la hermosura de los ojos y la profundidad de la mirada. Escuchó el relato de los padres, más de una vez interrumpido por las lágrimas y los sollozos, y luego, después de reconocer al ni-

ño, mantúvose en reflexivo silencio.—Señora, dijo por fin, no sé más que de un médico en el mundo, uno solo, ¿me oís? que pueda salvar á vuestro hijo.

—¿Cuál? ¡Nombradlo! exclamó la madre desesperada.

—No soy yo, replicó el doctor. Aquel de quien hablo es el amo y señor de todos nosotros. ¡Feliz aquel que puede, de tarde en tarde, arrancarle uno de sus secretos! En general, á El es á quien en primer término debieran dirigirse todos los enfermos, y la mayor parte de ellos se mueren por no haberle consultado.

—Pues bien, caballero, decidme su nombre, sus señas. Lo llamaremos.

—Perderíais el tiempo; no se molesta jamás por nadie. Hasta las testas coronadas se ven precisadas á ir á buscarlo; pero grandes ó pequeños, acoge con igual bondad á todos los que se echan en sus brazos.

—¡Ah! exclamó la señora de Henry; iré á buscarlo aunque sea al fin del mundo.

—Id, señora, dijo el médico con aire de autoridad. No esperéis á mañana; salid hoy mismo, dentro de una hora. Ese médico es la Naturaleza; id, y confiadle vuestro hijo. No respondo de su curación; pero afirmo que si sigue aquí, dentro de un año, á más tardar, habrá ido á reunirse con sus hermanos. Arrancadlo pronto á la existencia que lo mata. Llevadlo lejos de París, á las orillas del mar, á cualquier pueblecillo ignorado de Bretaña ó de Normandía. Dadle espacio, aire libre, sol, vastos horizontes. Acostumbrad sus pies á correr por la arena; que su cuerpo se impregne de sal del Océano. Cuando sus fuerzas renazcan, dejadlo que se escape y galope en libertad como un potranco por las inmensas sabanas. Los niños ¡á Dios gracias! no faltan en nuestras costas; que se mezcle á sus diabluras y que se revuelque con ellos por la playa. No le escatiméis ni el viento ni la lluvia. Que coma y beba á discreción. Nada de drogas ni de medecinas. La Naturaleza sabe mucho más que la Facultad: sabe hacer milagros.

Y después de decir esto, el doctor se retiró.

La señora de Henry tenía noticia del Pouliguen; una amiga suya pasó allí la anterior temporada de verano. Aquella misma noche salía para Nantes en ferrocarril. Al día siguiente tomaba el vapor que la conducía á Saint Nazaire. No se detuvo en Guérande más que el tiempo preciso para cambiar de coche, y una hora después llegaba al puertecillo de mar donde la vida y la muerte iban á disputarse á su hijo.

III

Triunfó la vida. Al cabo de algunas semanas, como una planta que languidece á la sombra de un suelo ingrato, y que, transportada al Mediodía y á un terreno nutritivo, resucita y promete flores para la próxima estación, Marcos fué renaciendo.

Ya la savia reavivada había comenzado su trabajo misterioso; parecía que se la veía circular bajo el fino tejido de la piel, la cual adquiría su flexibilidad, su frescura y su transparencia. Los labios no tenían ya esa palidez lívida que parece llamar al beso de la muerte. Los ojos se animaban con súbitos reflejos; las mejillas se coloreaban é iban tiñéndose de rosa, como sucede, al salir el sol, á las nieves de los ventisqueros.

La señora de Henry también renacía.

"¿Quién me dijera, escribía á su marido, que todavía podría yo considerarme una madre feliz? Parece que el cielo, al devolvérmelo, me ha devuelto á los otros dos. Reviven en él, y no lo beso una sola vez sin sentir á los tres sobre mi corazón."

El padre pudo escaparse de París al principio de la convalecencia. Sólo permaneció unos cuantos días en Pouliguen; pero estrechó entre sus brazos al hijo resucitado, y aquellos pocos días fueron suficientes para familiarizarse con el paisaje donde vivían los séres que tanto amaba.

Es un gran consuelo en los rigores de la ausencia conocer el rincón de tierra donde viven aquellos que nos son queridos: se les sigue en cada paso que dan, se les ve vivir, se vive con ellos. Al cabo de algunos meses el pequeño Marcos estaba en plena posesión de la existencia: la Naturaleza realizó su obra.

"Esto no es un niño, es un diablo, escribía la señora de Henry á principios del mes de Agosto. En el puerto no se ve ni se oye á nadie más que á él. Es la alegría, el ruido, el movimiento de este pueblo, donde hace algunos meses, nada más, era objeto de com-

pasión. No anda, no corre; vuela. No come, devora. Hasta en sus cabellos, siempre encrespados, se siente el hervor de la vida. Envía sin tardanza pantalones, blusas, calzado. Está literalmente desnudo: desde Pouliguen á Batz, toda la playa está alfombrada de fondillos de pantalones suyos. ¿Quieres creer que sólo el espectáculo del mar consigue reducirlo y apaciguarlo? Es verdad que el mar ejerce en él una especie de fascinación. Si el mar se retira, se entristece; cuando vuelve, palmotea y lo llama, aplicándole nombres cariñosísimos. Lo quiere como si comprendiera que lo ha salvado. Todo eso está muy bien; pero ¿sabes cuál es su sueño dorado? El continente no le satisface. Ir al mar: he ahí su ambición. ¿Pues no ha venido esta mañana á anunciarme, con aire de triunfador, que el tío Lambinet, nuestro patrón, consentía en llevarle en su lancha á pescar? Lo he recibido mal, porque en ese punto no transijo. También á mí me gusta el Océano; pero aun á riesgo de pasar por un monstruo de ingratitud, aun gustándome y todo, le temo. He dicho á tu señor hijo que se contentara con vivir en tierra, y que si se le ocurre poner un pie en una lancha, aunque ésta estuviese amarrada al muelle, no permanecerá ni un solo día más en Pouliguen. Tal es, amigo mío, el boletín del día. A la hora en que te escribo está acostado y duerme. ¡Ojalá estuvieses aquí para ver lo hermoso que está! Porque este demonio tiene la belleza de los ángeles. Su boca parece una granada entreabierta. Sus mejillas, cuando está al sol, tienen el brillo aterciopelado de un melocotón maduro. El sudor asoma á sus sienes como gotas de rocío, y el soplo de sus labios es tan suave, que se parece á la respiración de una flor. ¡Qué calma! ¡qué paz! ¡qué serenidad! ¡Y pensar que cuando despierte todo esto se convertirá en un huracán."

IV

Dejemos correr la pluma de la señora de Henry.

He aquí algunos fragmentos de cartas, donde se pinta el carácter de esta mujer amable, y que nos ponen al corriente de los hechos y de los gustos de su hijo.

26 Agosto.

«¡Creo, en verdad, que Marcos está enamorado del mar! Vésele con el peso del sol, haciéndole el amor á lo largo de la costa. Todo lo que es de tierra firme no existe ya, no significa nada para él. Sólo el mar tiene el privilegio de atraerlo y de cautivarlo. Se ha convertido en su única preocupación; no siente ni admiración ni curiosidad por nada más que por él. Aún cuando no ha puesto jamás los pies en la cubierta de un buque, todos los términos marineros le son tan familiares como á un capitán de alto bordo. Calcula las horas de flujo y reflujo. Presiente y predice las tempestades. Parece que entre el mar y él, entre este pequeño sér y esa cosa inmensa, hay un lazo, simpatías, afinidades misteriosas. Movible y variable como el mar, el niño experimenta todas las influencias y está sometido á las mismas variaciones. Tiene alternativamente la flojedad ó la turbulencia, según está tranquilo ó agitado. La tormenta lo exalta; se calma al mismo tiempo que las olas se apaciguan. Ya no habla de navegar; pero ¡qué miradas fija en mí cada vez que Lambinet prepara sus útiles para pescar y se dispone á salir al mar! Esos hermosos ojos azules, tan tiernos, tan suplicantes, ablandarían á las propias rocas de la costa. A veces siento que se me derrite el corazón. Lo cojo en brazos para echarlo en los del viejo pescador; empero, inmediatamente, acometida por el miedo, vuelvo en mí, lo retengo, lo aprieto contra mi pecho, como si el mar me lo quisiera arrebatar....

«¿De dónde proviene el creciente terror que me causa ese elemento? ¿De dónde proviene que no sé mirarlo mucho tiempo sin experimentar sordo malestar? Desconfío de sus caricias; sus arrebatos me espantan. Por más que me digo que le debo el único tesoro que me queda, no lo quiero, no puedo quererlo. ¿Es ingratitud? ¿Envidia? ¿Superstición? ¿Presentimiento? ¿No será sencillamente que no esté yo hecha para vivir presenciando los grandes espectáculos de la naturaleza? Los admiro de buen grado, así, de pasada; pero á la larga me fatigan.

«De ordinario necesito yo un cuadro proporcionado á mi talla. Las montañas me aplastan, los bosques me ahogan, el Océano me turba hasta el punto de producirme el vértigo. Mira, amigo mío; es preciso que te

resignes ó que tu mujer no sea jamás más que una pobre burguesa. Añade que soy parisiense de veras. Amo nuestras calles, nuestros muelles y nuestros paseos, y de todas las campiñas que conozco, ninguna prefiero á las de los alrededores de París. Allí quisiera refugiarme, cerca de aquellos bosques, no lejos del Sena. Recuerda la casita que visitamos juntos un día que paseábamos por las colinas de Sévres y de Bellevue. ¡Era un domingo de Abril, estábamos pobres y éramos muy felices entonces! La casa se alquilaba; la verja se hallaba abierta; entramos seducidos por la belleza del paraje. ¡Qué encantador, qué sencillo, modesto y ajustado á nuestros gustos era todo! El jardín en cuesta, con sus alfombras de musgo y sus perales en flor; el *chalet* abajo; la casa bien situada en una loma, adornada de enredaderas, de parras, de macizos de lilas; el estanque de agua clara y transparente, y luego anchas perspectivas sobre un océano de verdor, Saint-Cloud en anfiteatro, más allá el Mont-Valieren y el Sena, semejante á un lago en el fondo del paisaje, todo me parece estarlo viendo; tantas lágrimas como he derramado después, no han podido empañar la frescura y el brillo de esas risueñas imágenes. Durante dos horas todo aquello fué nuestro. Habíamos tomado posesión de aquel pequeño dominio, nos pertenecía, nuestra felicidad había encontrado su nido allí. No habían nacido nuestros hijos y yo veía ya cabecitas rubias corriendo por las avenidas y rodando sobre la hirba. ¡Ah! ¡Qué hermoso día y qué dulces ensueños tuvimos allí!»

1° de Septiembre.

"Ríete de mis temores, pero no te rías de los amores de tu hijo. La cosa es más seria de lo que creía, y vas á juzgarlo por tí mismo.

"Hace algún tiempo que proyectaba yo una pequeña excursión tierra adentro. Marcos se regocijaba pensando en un paseo en carruaje, y en cuanto á mí, me agradaba deveras escapar por un par de días siquiera á la contemplación del señor de Océano.

Pues bien; anteayer, con una de esas mañanas que tienen ya la dulzura del otoño, salimos en un carricoche al trote de un par de caballos, que hubieran podido disputar el honor de servir de cabalgadura al héroe de Cervantes. Habíanme hablado como de una maravilla de un puente colgante echado sobre el Vilaine, en la Roca-Bernard: era esa la meta de nuestra expedición.

"Todo fué bien hasta el Croisic. Cielo azul, aire puro, sol clemente, Marcos alegre como unas castañuelas y hablador como una cotorra: no me faltó más que tenerte á tí á mi lado. El paisaje ya lo conoces: blanco, seco, árido, con vistas de cuando en cuando al mar, y un no sé qué que hace pensar en el Oriente. Los pájaros escasean; algunas espesuras de cardos polvorientos, sobre los cuales se posaban nubes de mariposas, he ahí toda la flora del camino.

"En Croisic dimos la espalda á la playa y nos internamos tierra adentro.

"La escena se modificaba á medida que nos alejábamos de la costa. No es que volviéramos á encontrar el Edén; pero al salir de aquellos campos áridos podía creerme transportada á un valle de la Arcadia. ¡Arboles, senderos umbrosos, prados, corrientes de agua dulce! Mis ojos, cansados de la inmensidad; reposaban con dulzura en aquellos detalles de la vida rústica. Nadie sabe cuánto se ama á la buena Cibeles después de seis meses pasados en presencia de Neptuno y de su tridente. La vista de un trecho de rastrojos humeando en un vergel, me extasiaba. Detuve nuestro carricoche para admirar á mi gusto una balsa sombreada por unos sauces. Aspiraba con delicia la frescura de los sotos y el olor de las hierbas.

"Pues bien; mientras la madre se volvía niña, el niño se transformaba también y convertíase en personaje grave. En vano llamaba yo su atención hacia los objetos que fijaban la mía; dirigía de cuando en cuando una mirada indiferente y permanecía en silencio en un rincón. Desde que salimos del Croisic había cesado su alegría.

"Hacía una de esas tardes calurosísimas, en que las flores languidecen, los pájaros callan, y yo atribuía al calor el estado de abatimiento en que había caído Marcos. Sin embargo, cuanto más avanzábamos, más me llamaba la atención el aire de tristeza que empañaba aquel juvenil semblante, tan animado algunas horas antes:

—"Pero ¿qué tienes? ¿Estás malo? Habla, ¿qué te duele?

"El movía la cabeza y no contestaba:

"A la caída de la tarde llegamos á la Roca-Bernard. En seguida Marcos, sin apenas probar nada de la comida, pidió permiso para acostarse, se envolvió en las sábanas, y se quedó dormido. En resumen, un día echado á perder y una noche triste.

«El despertar debía ser todavía más lúgubre. La Roca-Bernard no ha pasado nunca por ser sitio de delicias, y la posada donde habíamos parado parecía más á propósito para entristecer que para animar á los viajeros: era la propia residencia de la melancolía. Como único recurso, como distracción suprema, el puente sobre el Vilaine. Es de un aspecto asombroso ese puente suspendido como de un hilo encima del abismo: es un testimonio del genio del hombre. Marcos apenas se dignó mirarlo. Propúsele que recorriésemos los alrededores, que fuéramos hasta Nantes, que visitáramos Tiffauges y Clisson. El niño permanecía sentado en un declive del terreno, en la carretera de Vannes, y cada vez más taciturno y pensativo.

—"Bien, le pregunté; por fin, ¿qué es lo que quieres hacer? ¿Quieres que nos volvamos á Pouliguen?

"Habíase figurado que al oír esta proposición Marcos daría un brinco de alegría y se me echaría al cuello; pero no hubo nada de eso. El infeliz niño ni siquiera estaba en el secreto de su desesperación; sufría como las plantas á las cuales se saca del medio en que viven, y que se marchitan sin saber por qué. Yo no sabía ya ni qué pensar. La campaña terminó y no nos quedó otro remedio que tocar retirada. El humor de mi hijo no cambió mucho durante la primera mitad del trayecto, pero su fisonomía fué animándose á medida que nos fuimos acercando á la costa.

"Las primeras ráfagas de la brisa del mar lo despertaron bruscamente: la música de los arenales concluyó de transfigurarlo, y cuando, por fin, por una cortadura de la costa vió allá, en el horizonte, la línea verde del Océano, hubo en él una resurrección, una embriaguez, un transporte, una explosión de vida.

"Volvimos á Pouliguen al nacer el día, y ya hacía mucho tiempo que el sol se había puesto, cuando Marcos permanecía aun en la playa contemplando su ídolo.

"¿Qué dices de esto, amigo mio? Desde esta mañana, en cuanto saltó de la cama, ha recobrado sus costumbres de independencia y de vagancia. Lo estoy oyendo jugar en el puerto con los chicos de la aldea. ¡Bondad divina! ¿En qué estado traerá los pantalones?»

10 de Septiembre.

«Veo que te hago tanta falta como tú á mí. Debería y quisiera marcharme: quisiera y no puedo. ¡Es él tan feliz y está el tiempo tan hermoso todavía! ¿De dónde sacar el valor necesario para arrancarlo á la existencia que lo embriaga, á estos arenales que lo han adoptado, á estas playas que parecen reconocerlo como su reyezuelo? ¿Cómo decidirme á romper tantos lazos?

"No es de un viaje, sino de una separación de lo que se trata. Apenas me atrevo á hablarle de ello; si se me ocurre decirle algunas frases, veo que se le alarga la cara y que se le hinchan los párpados. Sólo tú, amigo mio, puedes sacarme del apuro y poner fin á esta situación realizando un acto de autoridad: ven y llévate á tu mujer y á tu hijo. No es amor, sino adoración lo que Marcos te tiene, ni la ausencia ni el Océano han podido sacarte de tu corazón. La alegría de volver á verte apaciguará muchas rebeldías y evitará muchas resistencias. Arregla las cosas de modo que puedas pasar aquí los últimos días de Septiembre. Si nuestros intereses se perjudican por ello, que se perjudiquen: Los intereses no son el gran interés de la vida. Volveremos á París por el camino de los Colegiales. Subiremos vagando por el Loire. Marcos no dejará de gozar con las seducciones del viaje en vapor. A su edad no hay pasión que sea muy profunda. Gracias á tu presencia, al espectáculo del rio, á las delicias del otoño, á las mil distracciones del viaje, pronto se disiparán sus pesares; pero una vez en nuestra casa, ¡Dios mio! ¿qué será de este pobre muchacho, acostumbrado al aire libre y á los grandes espacios? ¿Qué vamos á hacer en la calle de Bac, en nuestro entresuelo, con esta golondrina de los mares?....»

Al pie de esta carta se veía un dibujo hecho con pluma, que quería representar un buque de velas desplegadas, y luego unos cuantos renglones escritos muy de prisa y con letra ilegible, lo cual no impidió que el señor Henry los leyera de corrido á primera vista: en presencia de los jeroglíficos de sus hijos, cada padre es un Champollion.

La misiva de Marcos estaba concebida en estos términos:

«Querido papaito: Te quiero mucho. Quisiera que vinieses á vivir con nosotros. Quisiera embarcarme, pero mamá no quiere. Estoy muy ocupado y trabajo atrozmente. Ayer cogí un cangrejo muy grande en el agujero de una roca. Tengo otras mil cosas que decirte; pero el correo se va y no tengo tiempo más que para abrazarte.

«Tu hijito,

MARCOS.

"P. D. ¡El barco lo he dibujado yo!"

La pobre alma humana está hecha así. Después de los más terribles desastres, después de perder á los seres más queridos, puede reanimarse y abrirse otra vez á la alegría. Los tintes fúnebres palidecen y se borran, los espectros desoladores van trocándose poco á poco en sombras enternecedoras, la hierba crece sobre las tumbas, la vida reverdece sobre los muertos. Dios, en su bondad, ha querido que sea así.

Henry y su mujer iban á reunirse para no separarse nunca. Llegaba el final de sus tristezas: la felicidad sonreía de nuevo á aquel matrimonio tan castigado. El Sr. Henry estaba disponiéndolo todo para su viaje: ya no escribiría más que para decir la fecha exacta de su llegada. Su esposa lo esperaba impaciente por verlo, feliz y orgullosa al pensar que iba á devolverle á su hijo en el apogeo de su salud, resplandeciente, con todos los tesoros, con todas las bellezas de la infancia. ¡Cuán lejos se hallaba de prever las nuevas desdichas que le esperaban!

V

Había llegado el 15 de Septiembre. Ese día, por la tarde, Pouliguen era la imagen de la soledad y del abandono, hubiérase creído que la vida se había retirado de allí por completo. Todos los habitantes estaban fuera del pueblo, los pescadores en el mar, las mujeres en el campo ó cogiendo langostinos. No habían quedado en la aldea más que los niños demasiado pequeños todavía para poder ser llevados á esas faenas, una docena de mocosos, que en ausencia de sus padres se encontraban dueños absolutos del lugar. Todos tenían de siete á diez años, á excepción del hijo de Legoff, que tenía doce bien cumplidos. En razón á su edad y su precoz experiencia, habían dejado á su cuidado á todos los demás. Veamos cómo había cumplido el encargo haciendo de verdadero Mentor, y por medio de cuáles proezas justificó la confianza que en él tenía el pueblo.

Aun cuando la estación estaba bastante avanzada, hacía aquel día un calor sofocante. El aire y el mar eran como de plomo; del cielo caían torrentes de fuego; el sol devoraba la costa.

La señora de Henry había ido á sentarse á la sombra de unos pinos situados en lo alto de la playa. Marcos se había echado cerca de ella; la madre, temerosa de que se le escapara, trataba de dormirlo canturreándole como á los niños chicos. Sucedió que, procurando dormir á su hijo, fué ella la que se durmió; sus párpados fueron cerrándose, y como el chiquillo hacía como que se iba quedando dormido, predicó con el ejemplo y se dejó vencer por el sueño.

Y el caso era que Marcos estaba más despierto que un ratón.

Estaba oyendo los gritos de los muchachos que diableaban en el puerto, y hacía una hora que se pirraba por echar á correr y ponerse á jugar con ellos.

Cuando su madre hubo cerrado los ojos, mantúvose quieto algunos instantes, luego se levantó muy quedito, salió del pinar á paso lento, y una vez fuera, se lanzó á la carrera hacia el puerto; ya estaba para llegar, cuando de pronto se detuvo asombrado, aturdido, fascinado ante el espectáculo que se ofrecía á sus miradas.

En contra de lo recomendado por sus familias, todos aquellos mocozuelos acababan de embarcarse en una lancha amarrada al muelle. El sabio Mentor habíase apoderado de los remos y los manejaba á más y mejor, mientras que los demás de la partida, por medio de un pateo desordenado, imprimían á la embarcación un movimiento de babor á estribor y un cabeceo, que les permitía creerse en alta mar.

Al ver á Marcos no hubo más que un grito:

—¡Marcos, ahí está Marcos! ¡Ven Marcos, ven con nosotros!

Marcos veía el cielo abierto; aunque hubiera oído una docena de serafines tocando el violín é invitándole á entrar en el paraíso, no se hubiera sentido más vivamente tentado de aceptar.

—No, dijo al fin, no: mi madre me lo tiene prohibido.

—¡Bah, bah! exclamó el chico de Legoff, que era el más endiablado de todos; ¿qué mal hay en hacer lo que nosotros hacemos?

Y los otros repitieron á coro:

—¡Vente, Marcos, ven con nosotros!

Marcos estaba de pie, inmóvil, con las manos en los bolsillos, sin poder apartar los ojos del abismo que lo atraía.

—¡No! murmuró con voz vacilante.

Prodújose una gran gritería.

—¡Tiene miedo! ¡Tiene miedo! ¡Fuera Marcos! ¡Fuera el pariense! ¡Fuera el cobarde!

Marcos no pudo resistir; dirigió una mirada recelosa hacia el pinar, y después, doblemente culpable, cediendo así á las excitaciones del amor propio como al atractivo del placer prohibido, saltó del muelle á la lancha en medio de los aplausos de todos aquellos bribones, entusiasmados al ver que tenían otro cómplice.

Las cosas no quedaron ahí. Si es cierto como suele decirse, que comiendo se abre el apetito, lo es más cuando se come el fruto prohibido. Toda falta que se comete trae fatalmente otra en pos de sí; el mal es un engranaje que no nos suelta cuando nos coge por los faldones de la levita. La marea bajaba, el mar estaba tranquilo, en calma chicha, pesado. Hacía cerca de una hora que se meneaban, como quien tiene el diablo en el cuerpo, en aquel barco que no andaba, y empezaban á cansarse de un juego que, por violento que fuese, les tenía siempre en el mismo sitio, cuando el demonio de Legoff, orgulloso al verse con los remos en la mano, ofreció á sus amigos el regalo de un paseo por la bahía.

Tratábase simplemente de ir costeándola hasta llegar al otro extremo de la playa y varar seriamente otra vez en la arena.

Un inmenso clamoreo, en el que sobresalía el grito de ¡viva Legoff! acogió aquella admirable proposición. Marcos saltaba de alegría, estaba ebrio de desobediencia, y el infeliz fué el que soltó las amarras de la lancha.

¡Ya están desatracados! ¡Qué fiesta!

Cristóbal Colón al poner la proa hacia un nuevo mundo, no se sentía ni más triunfador ni más orgulloso que ellos.

Aquella barca, al abandonar el muelle, aquel mar tan apacible en la apariencia, aquellos niños tan alegres al salir, todo eso, mi querido Pablo, te hace el fiel retrato de nuestros arrebatos en todas las edades de la vida. Siempre parece que podemos detenernos á tiempo, que seremos dueños de llegar á la orilla próxima. Se quiere solamente dar una vuelta por la bahía, y se entrega uno sin desconfianza á la corriente que lleva á los abismos.

Apenas habían salido del canalillo, cuando la embarcación, muy mal gobernada, vióse juguete de ese reflujo que los llevaba mar afuera sin que ninguno de ellos lo advirtiese. Reían, gritaban, cantaban; no eran ya dueños de sí mismos. Maese Legoff, hinchado con su importancia, remaba á tontas y á locas, y la barca, como si fuese arrastrada por fuerzas invisibles, iba alejándose cada vez más de la costa.

Es preciso tener la vista de un marino para medir con exactitud las distancias del mar. Creían estar aún en la bahía, y se hallaban ya muy lejos. El punto en el cual deseaban varar iba disminuyendo insensiblemente. Las dunas, las rocas, la aldea, todos los accidentes de la costa se alejaban poco á poco.

Hubo un momento en que los cantos y las risas cesaron bruscamente: el Océano iba poniéndose grueso á medida que iban saliendo á alta mar; el oleaje les envolvía.

El asombro, el estupor, el espanto viéronse pintados en todas aquellas caritas.

Legoff estaba rendido y sentía agotarse sus fuerzas inútilmente; todos á la vez se precipitaron á los remos, y tan bien maniobraron, que al cabo de algunos minutos eran juguete de las olas, sin que les fuera posible recobrarlos. Para el uso que hubieran hecho de ellos, el perjuicio no era grande: su espanto, sin embargo, aumentó, como si con los remos acabasen de perder su única probabilidad de salvación.

Lanzaron gritos desesperados; estaban ya en alta mar y sólo Dios podía oírlos. Iba anocheciendo, el sol se ponía, y en el horizonte ¡ni una vela, ni una chalupa, ni una lancha pescadora! Perdidos en la inmensidad, no veían más que cielo y agua. Como sucede siempre entre personas que se han asociado para hacer una locura, habían empezado por recriminarse recíprocamente; el

sentimiento del común peligro que se agrandaba por momentos, no tardó en reconciliarlos.

Apretados unos contra otros y prestándose mutuo apoyo, pálidos, deshechos, con la mirada hosca, no gritaban ya, no lloraban, estaban aterrados.

Tan pronto la lancha se columpiaba en lo alto de una ola, como se hundía en un abismo dispuesta á desaparecer. Las olas bramaban alrededor suyo como una manada de dogos hambrientos. Marcos y Legoff eran los únicos que aún tenían alguna presencia de ánimo. Legoff tenía la actitud de un rebelde desafiando á los dioses. Cuanto á Marcos, parecía que el espectáculo que presenciaba despertaba en él, más que espanto, curiosidad.

Había oído hablar de Robinsón, y ya se veía en una isla desierta. Esa perspectiva no le disgustaba. Fué servido á su gusto; en el momento en que el sol desaparecía, la barca varaba en un banco de pequeños arrecifes que el reflujo había sacado á flor de agua.

Derribados por la violencia del choque, rodaron revueltos unos con otros, y se levantaron, tentándose el cuerpo. Habían sacado sólo algunos arañazos, pero la lancha estaba destrozada y hecha pedazos.

VI

El banco contra el cual acababan de estrellarse, extendíase alrededor de una gran roca solitaria, de formas irregulares, de aspecto formidable, la cual surgía precisamente en medio del banco, semejante á una inmensa fortaleza. El mar no la cubría nunca hasta la cúspide, por lo cual servía de refugio nocturno á las gaviotas de aquellos parajes. De ahí el nombre de *Roca de las Gaviotas*, que le habían dado en la comarca. La Roca de las Gaviotas es bien conocida por los navegantes; señala á los buques que vienen de alta mar los bajos que por allí hay, y les sirve de señal también para pasar por entre el Four y la Blanche, dos escollos peligrosos situados á poca distancia uno de otro, á la entrada del río Loira.

Ciertamente la situación no tenía nada de alegre; pero de todos modos, y por horrible que fuera, experimentaron al incorporarse un sentimiento de libertad. La travesía que acababan de hacer les había inspirado tal aversión al elemento líquido, que no pudieron evitar un movimiento de alegría al sentir bajo sus pies una roca resistente.

Ese gozo fué de poca duración. Se hacía de noche, ¿y qué iba á ser de ellos?

Todos tenían hambre.

Eran bribonzuelos, pero chicos de buen corazón todos. Los que aun llevaban merienda en el bolsillo, hicieron una masa común, que dividieron en partes iguales, y cada cual tuvo la suya.

El mantel pronto estuvo puesto.

Añadieron á la lista de la comida algunas almejas de las conchas que habían cogido aquí y allí, buscadas á los últimos resplandores del crepúsculo.

Marcos se encargó de los postres, distribuyendo generosamente la provisión de chocolate que llevaba en el bolsillo.

Entre los restos que la barca, al destrozarse, había lanzado á los arrecifes, hallábase un frasco lleno hasta la mitad de agua con ron; cada cual bebió un trago.

No se trataba ya más que de acomodarse para pasar la noche. Se dice que una noche pronto pasa. Esa es la opinión de todo aquel á quien espera una buena cama, bajo un buen techo y en un cuarto bien cerrado; pero cuando sólo se tiene por colchón la roca viva y un islote por alcoba, se puede uno permitir opinar de distinto modo.

El día había sido caluroso; la noche estaba fría.

Apiñados en montón al pie de la roca, tiritaban y lloraban envueltos en una obscuridad casi completa. El mismo Marcos, vestido con su blusilla y su pantalón de verano, empezaba á comprender que las islas desiertas eran residencias bastante menos deliciosas de lo que él hasta entonces creyera. Legoff se quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros; San Martín no le hubiese dado más que la mitad.

Legoff debió crecer cien codos durante aquella noche memorable; iba á demostrar lo que pueden, aun en un niño, en las situaciones más peligrosas, la presencia de ánimo, el valor y la resolución.

Secad las lágrimas, dijo, y escuchadme. Debía daros vergüenza llorar como lo estáis haciendo. ¡Ya no sois unos chiquillos, demonio! Tú, Jambonneau, cumpliste siete años en la última temporada de la sardina. Tú, Pornichet, cumplirás ocho cuando vengan los arenques. Tú, Macabiou, estás para cumplir diez. Tú, Mascaret, casi estás en disposición de calzar las botas de pesca de tu hermano mayor. En vez de estar allí apretados los unos contra otros, como una manada de borregos cuando hay tempestad, acordémonos de que todos somos hijos de marineros, y que marineros hemos de ser también algún día. ¿Queréis volver á Pouliguen ver otra vez á nuestros padres y comer sopas en vuestras casas? Respondo de vosotros, con tal que me obedezcais y que yo mande á hombres.

—Sí, sí, gritaron todos electrizados por aquel discurso. Manda y obedeceremos. Tú, Legoff, eres nuestro capitán.

Todos ellos habían sido dormidos desde muy pequeños al arrullo de cuentos sobre buques que se pierden y tripulaciones que se ven arrojadas á la playa. Su inspiración habíase familiarizado desde muy temprano con los dramas del Océano; sabían confusamente, y de oídas, todo lo que se hace en el mar en caso de naufragio.

—Pues bien, replicó Legoff; si yo soy vuestro capitán, vosotros sois mi estado mayor. Consultemos, busquemos entre todos lo mejor que hay que hacer en la posición en que nos encontramos. Que cada cual dé su opinión, y luego decidiremos. Eso es lo que se hace en todos los naufragios. Se abre la sesión. Tú, Jambonneau, habla primero.

—Mi opinión, dijo Jambonneau con voz varonil, es que debemos tirar cañonazos hasta que nos oiga algún buque que pase y pueda venir á recogernos.

—No tenemos cañón, dijo Pornichet.

—Ni pólvora, añadió Mascaret.

—¡Qué me importa á mí! replicó Jambonneau. Me preguntan mi opinión y la doy. Nadie está obligado á seguirla.

—Se tendrá en cuenta, dijo Legoff. ¡Ahora tú, Macabiou!

—Mi opinión, dijo Macabiou, es que sería necesario subir á lo alto de esta peña, y cuando estuviésemos allí, gritar con todas nuestras fuerzas haciendo señales con los pañuelos.

—¡Tú ahora, Francisco Guillemin! No eres más alto que una bola; pero dicen que en las cajas más pequeñas se encuentran los mejores ungüentos. ¿Cuál es tu opinión?

—Mi opinión, dijo una vocecilla, es que sería necesario escribir una carta, y después meterla en unn botella, y luego tirarla al mar.

—Y tú, parisiense, ¿tienes algo que decirnos?

Yo, repitió Marcos, digo que deberíamos derribar un árbol grande, y después que hubiéramos hecho un hueco en el tronco con nuestras navajas, meternos todos dentro para volver al Pouliguen.

—No es eso, dijo Pornichet; lo que hace falta es construir una balsa con las tablas de la barca, y en seguida echaremos suertes á ver cuál de nosotros debe ser el primero que se coman los demás.

Los individuos del consejo, que no esperaban semejante proposición, que no habían previsto que se pudiera llegar á tales extremos, se quedaron aterrados. Cada cual, con las orejas bajas y pensativo, se entregó en silencio á las más serias meditaciones. El mismo Legoff había perdido algo de su serenidad. Se inclinaba á presentar una enmienda para que, en el caso de que las cosas llegasen á ese punto, el capitán no entrara en suerte. Pronto se produjo en la asamblea una violenta reacción. Un grito de rebelión y de indignación se escapó de todos los pechos.

—¡No, no; antes morir todos de hambre! ¡Fuera Pornichet!

—Señores, contestó sin conmoverse demasiado; ¡así fué como se comieron á mi pobre padre en el naufragio del «Medusa!»

—Tú, Mascaret, da tu opinión, dijo Legoff, que tenía prisa por entrar en otro orden de ideas.

—Yo, exclamó Mascaret con tono resuelto: yo no me ando por las ramas. No he perdido nunca el tiempo buscando cosas imposibles, ni hablando inútilmente. Mi opinión es que debemos irnos de aquí cuanto antes, volver á nuestra casa antes de que nos echen de menos, cenar al galope y meternos cada uno en su cama. Si hay alguien que crea otra cosa mejor, que lo diga.

Tanto como la opinión de Pornichet había sublevado á la gente, tanto excitó el entusiasmo la de Mascaret. Aquella opinión, tan sencilla y tan ingenuamente expuesta, en-